

The background of the cover is a deep black night sky filled with numerous small, white stars. A single, bright orange star is positioned in the upper left quadrant. In the center-right area, there is a cluster of several bright blue stars. At the bottom, the author's name is printed in a bold, yellow font.

ÉTICA DEL SER

RAFAEL R. HUERTAS

ÉTICA DEL SER

Rafael R. Huertas

ISBN: 978-84-617-8174-4

© del texto: Rafael R. Huertas

© de la edición electrónica: Rafael R. Huertas

Foto portada: Orión.

Índice

Prólogo

El sueño de Da Ponte y el problema de la Libertad/Determinación (Ética)

Hacia una ética ontológica (una Ética desde la filosofía)

Libertad, No Libertad (albedrío) y Círculo Virtuoso

Conciencia, muerte y religión

Reflexiones acerca del tiempo y la Conciencia

Referencias

ÉTICA DEL SER

Prólogo

El texto que va a usted a leer (o que quizás ya haya leído por haber dejado este Prólogo para el final como yo mismo he hecho) no ha sido fácil de redactar.

Han sido varios años los que he tardado en completarlo. En el 2017 subí a Internet una primera versión. Desde entonces hasta este 2021 en el que –parece- está la versión definitiva ha pasado bastante tiempo.

Básicamente durante este periodo me he dedicado, por una parte a sobrevivir, y por otra a realizar sucesivas ampliaciones, así como a realizar alguna corrección (y descubrir con auténtico horror una falta de ortografía imperdonable que se me había pasado en una temprana revisión antes de la edición del 2017).

La razón de tanta tardanza se debe fundamentalmente a mi prevención por narrar alguna que otra experiencia

personal que en el plano de la conciencia pueden ayudar a desentrañar el asunto de la muerte; esa gran pregunta, ¿subsistimos?

Por supuesto, no doy la respuesta.

Lo único que hago es intentar poner en relación ese asunto con la propia existencia de nuestra vida, la vida de todos, desarrollada a lo largo del tiempo.

Para ello he tenido que descender al terreno de la experiencia personal –la anécdota personal si se prefiere– cosa que jamás hubiera hecho de ser más joven.

Ahora, completamente desvinculado de la docencia, sin perspectivas de promoción (lo que antes se describía como “labrarse un futuro”), más próximo a la muerte por edad y enfermedades, y sobre todo sin necesidad de reconocimiento alguno, que me he atrevido a hacerlo.

La razón de fondo es un sentimiento de obligación que se superponía a la tendencia a la pereza que hay en mí.

Pues, pretendiendo vivir tranquilo disfrutando de las pequeñas cosas de las que aún puedo disfrutar, lo que obtenía sin embargo era un cierto desasosiego por no concluir este trabajo. Mala conciencia.

En este libro, y usando como pretexto –como texto introductorio- el relato de un sueño realizado por el veneciano Lorenzo Da Ponte, el letrista de Mozart y amigo de Casanova, hago hincapié en el hecho de que la ciencia actual ha probado la ausencia de libre albedrío en los actos humanos y por ende en la naturaleza misma. Lo cual a fin de cuentas es lo que sostenía Spinoza. No somos libres. Ni nosotros, ni la naturaleza misma (*Deus sive Natura*).

Así pues la Moral (tal y como es entendida habitualmente) es más falsa que un billete de cuatro euros. Pura Convención que cambia con el tiempo y el lugar, y con tantas excepciones que hacen imposible elevarla a categorías universales.

Cierto que vivimos mejor y con menos sufrimiento (mal en definitiva); y en ese sentido podríamos (sólo podríamos) pensar que hay un cierto progreso moral. Pero en realidad ese aumento en el bien-estar hay que circunscribirlo al ámbito del Derecho, derechos políticos y civiles, los cuales –de nuevo- hemos *convenido* como fundamentales.

Normalmente teniendo en su contra a las morales tradicionales, es decir a las religiones.

A ello hay que añadir un aparentemente imparable aumento de conocimiento.

La conjunción de ambas cosas –Conocimiento y Derechos- ha dado como resultado sociedades con menos horror cotidiano, menos horror visible y ostentoso. Por ejemplo, ya no se ajusticia públicamente, ni se exhiben partes de su cadáver en diversos puntos de la ciudad o de los caminos (salvo que aparezca un Estado Islámico o similar).

Realmente algo hemos ganado.

Sin embargo esa disminución del horror cotidiano es sólo un espejismo, un trampantojo. No sólo por la sucesión de guerras y dictaduras a lo largo del planeta, no sólo por las matanzas –genocidios- de grupos de población que vuelven una y otra vez a ser noticia, no sólo por el uso de la violencia sobre el disidente. Lo es - un espejismo- porque el propio ser humano lleva dentro de sí la capacidad de odiar y de hacer daño. No existe en el ente humano la menor evolución ‘moral’. Seguimos teniendo pasiones (inmensas pasiones) al igual que hace mil, diez mil, cincuenta mil años; las cuales en un momento dado pueden desatarse, para bien o para mal.

Entonces, lo que realmente nos diferencia del pasado en tanto que humanos es la acumulación de conocimiento el cual produce tecnología que nos hace nuestra vida más agradable y llevadera.

Pero junto a esta obviedad tenemos que reconocer que no disponemos de “libre albedrío”, reconocimiento basado en las investigaciones y desvelamientos que ha realizado la neurociencia. Es decir, no existe libertad

alguna en la naturaleza que conocemos. En ella, las cosas ocurren porque tienen que ocurrir, y no por el capricho o decisión arbitraria de ningún dios.

Pero, llegados a este punto y absolutamente perplejos, totalmente llenos de perplejidad, tenemos que preguntarnos, ¿qué es esto?, ¿qué es la realidad? ¿Nuestra vida, nuestra muerte, tiene algún sentido?

Entramos en la realidad (nacemos), desarrollamos una actividad y salimos (morimos). ¿Para qué, por qué?

Realmente no tengo respuesta.

La única posible -que daría sentido a esta situación- sería la existencia de una suerte de metanaturaleza, en definitiva, otra vida. Lo cual, naturalmente es imposible de demostrar. Y muy buena tendría que ser para compensar el horror que puede producir ésta.

No obstante, y siendo consciente de la imposibilidad de aclarar nada, dedico la última parte de este libro a

pensar (a dialogar) sobre este tema como ya se mencionado al principio de este Prólogo.

Espero y deseo que el conjunto de este libro le resulte útil y provechoso.

El sueño de Da Ponte y el problema de la Libertad/Determinación (Ética)

Lorenzo da Ponte fue un libretista que escribió entre otros los libretos de un buen número de óperas para músicos como Salieri, Martín Soler y Peter Winter.

Fundamentalmente es conocido por ser el escritor de las historias y textos de las óperas de Mozart, "Las bodas de Fígaro", "Don Giovanni" y "Così fan Tutte".

Veneciano y libertino durante la primera parte de su vida, mantuvo amistad con Casanova a pesar de ser mucho más joven que él. Les unía su pasión por la literatura y una cierta facilidad para malquistarse con las autoridades de La Serenísima.

Tras exilarse de Venecia, vivió en Dresde, Viena, Trieste, París, Londres y New York, donde ya al final de su vida escribió unas Memorias en las que menciona el siguiente hecho relacionado con Casanova el cual, tres

años antes, se había enemistado con él tras "una controversia frivolísima sobre prosodia latina". Durante ese tiempo Da Ponte nada supo de Casanova ni oyó siquiera pronunciar su nombre.

El relato es el siguiente [traduzco del francés aunque cotejando con la versión italiana]:

"Después de este tiempo [los tres años mencionados], una noche, en Viena, soñé que le veía en el Graben [una importante calle de Viena], que él me miraba con atención, y que después de haberme reconocido corrió a abrazarme; me pareció además que Salieri se encontraba con nosotros. Por la mañana, al levantarme, conté aquel extraño sueño a mi hermano."

"Salieri venía todas las mañana a verme; el mismo día de este sueño, llegó a la hora acostumbrada, y fuimos a pasear al jardín público. Llegados al Graben, observo, sentado en un banco, a un viejo que me mira fijamente y al que me parece que conozco. De pronto se levanta de un salto y corre hacía mí dando vivas muestras de

alegría: «Da Ponte, Da Ponte caro,» gridando, «con quanto piacere vi trovo!» [¡Da Ponte, Da Ponte querido, con cuanto placer os encuentro!]. Y estas fueron las precisas palabras que él, también soñando, me dijo".

Hasta aquí el relato del sueño de Da Ponte, el cual a renglón seguido añade "Quien cree en los sueños es un loco; ¿y quién no cree qué es?

Antes de seguir quiero dejar claro ante un hipotético lector que yo no creo en nada.

Y que como filósofo y ateo entiendo que las explicaciones en relación a los hechos que se producen en la naturaleza han de tener siempre un carácter racioempirista, o dicho de una manera más coloquial, un carácter científico. Y que pienso al igual que los científicos del siglo XVIII, los cimentadores de las Ciencias Positivas, que hay que rechazar el apelar a esencias, sustancias o cualidades ocultas para explicar los fenómenos, fenómenos de experiencia.

Pero al mismo tiempo, considero que aún hay hechos de la naturaleza -fenómenos en la terminología del XVIII- para los que aún no tenemos explicación.

Que éste, el sueño de Da Ponte, sea uno de ellos, es lo primero que habría que dilucidar.

Una amiga muy querida, filósofa y compañera, diría que es una casualidad; que los hechos arriba descritos son simplemente un producto de la casualidad.

Otros podrían decir que Da Ponte se lo inventa todo de cabo a rabo.

Personalmente, después de haber ponderado los pros y contras sobre la veracidad del relato, considero que es absolutamente veraz (no es un falso recuerdo, no es una invención para ganar dinero, no es una alucinación retroactiva, simplemente es el relato de una anécdota que le impresionó). No obstante, no voy a exponer esos pros y contras aquí puesto que sé que quien rechace de plano el relato seguirá haciéndolo por muchas argumentaciones racionales que se den a favor.

Además, el asunto en sí no me interesa (dispongo de al menos una experiencia de primera mano en la misma línea que algún día quizás me atreva a exponer). Lo que me importa es su relación con la determinación, es decir con la libertad, con aquello que el pensamiento religioso ha llamado siempre el "Libre Albedrío".

En cierta manera el sueño de Da Ponte no es nada más que un pretexto (pre-texto) para reflexionar sobre el problema, el binomio libertad-determinación. Así que de ser cierto el relato ciertamente nuestra libertad en la naturaleza quedaría inmediatamente muy malparada.

Es muy posible que algún día nuestro conocimiento del cerebro sea realmente completo y podamos como dice el Neurobiólogo Rafael Yuste "descifrar lo que un animal o una persona están pensando". Si además llegamos a comprender, y controlar plenamente el comportamiento de esa realidad física que es el mundo subatómico (los átomos de nuestro cerebro en definitiva) quizás el sueño de Da Ponte y otras experiencia similares pudieran tener un valor científico.

Al día de hoy, desde luego que no. Pues aunque la naturaleza predictiva del sueño (o de cualquier otra experiencia individual similar), es clara y evidente, ni tenemos una explicación para ella, ni podemos reproducirla de una manera controlada en laboratorio, y ni siquiera el sujeto que la vive tiene control alguno sobre la misma. Sencillamente ocurre, le ocurre, le sobreviene.

Y ya es lo suficientemente molesto como para encima atreverse a hablar de ello aún con el riesgo de ser minusvalorado en función de los prejuicios vigentes.

En cualquier caso, y con lo que tenemos consolidado digamos a nivel científico, el asunto libertad-determinación no es un asunto sencillo, simple y fácil de resolver. Más bien constituye un problema complejo sobre el que merece la pena dedicar algunas reflexiones.

Que nuestro cerebro, nuestra inteligencia (es decir la capacidad intelectual surgida desde nuestro cerebro)

dispone de capacidad predictiva no es algo que podamos negar.

Puede manifestarse de una manera automática -al mismo nivel que otros animales-, simplemente a través de la capacidad para interpretar correctamente señales de la naturaleza. Nubes negras más fuerte viento más truenos producirá lluvia en cuestión de minutos.

O bien puede manifestarse de una manera compleja, a través del cómputo, es decir del pensamiento. El mismo que dio lugar a la aparición de la filosofía y al desarrollo de las ciencias concretas. El mismo que rechazó a los dioses como fuente de explicación de los acontecimientos de la *Physis*.

Es decir, el que comprendió que la Naturaleza, la *Physis*, se rige por la necesidad (por la inevitabilidad, leyes) y no por la arbitrariedad (o sea por el capricho o voluntad de los dioses) y que entendió que el pensamiento (el *cum puto*) es capaz de desentrañar ese enorme y vasto

conjunto de 'leyes' que son parte intrínseca de la Naturaleza, la *Physis*.

Mediante él, mediante lo que hoy en día llamamos pensamiento científico, logramos desentrañar los mecanismos por los cuales funciona -inevitablemente- la naturaleza.

Al hacerlo, al ser capaces de asumir y comprender el carácter inevitable de los acontecimientos que se suceden en la *physis*, al determinar sus leyes, ganamos capacidad de predicción y manipulación respecto de esa misma naturaleza que nos determina, o lo que es lo mismo obtenemos mayores cotas de libertad personal. En definitiva, un bucle, o como dirían los biólogos Maturana y Varela, un círculo virtuoso. Círculo virtuoso, añadido yo, de carácter óntico, es decir constitutivo de *lo que es* (naturaleza y nosotros siendo). Y que además nos proporciona un resquicio de salida, el de la libertad física.

Respecto de este asunto, no podemos poner en duda que la historia de nuestra humanidad está jalonada por sucesivas conquistas de libertad emancipadora gracias al (re)conocimiento de la determinación, de suerte que la cismogénesis que nos da origen como especie va pasando desde una sumisión absoluta respecto al resto de la naturaleza a un más y mayor conocimiento y control sobre esos hechos que nos determinan.

Desde el cálculo de las estaciones para un mayor aprovechamiento de los cultivos y las crecidas de los ríos hasta el cálculo de la energía y órbita necesarias para depositar un vehículo en Marte, toda nuestra historia como especie supone un largo camino de conocimientos gracias a los cuales nos ha sido posible desarrollar técnicas para controlar la naturaleza e incluso ir más allá de ella (por ejemplo, hablar a distancia; sin gritar).

En otro lugar (*Sobre la realidad, virtual o no*) he hecho una exposición aunque fuera mínima de algunos de esos avances en el conocimiento (y control) de las

determinaciones que forman parte de la realidad, desvelando al *Ser* oculto más allá de las formas, o lo que es lo mismo la parte oculta del *Ser*. En eso consiste la ciencia, la actividad científica, la cual -recuerdo una vez más- surge a raíz de unos investigadores de la *Physis* a los que posteriormente hemos llamado filósofos.

Y en este envite del desvelamiento del *Ser* que la especie humana está llevando a cabo a lo largo de los siglos, se produce una curiosa situación paradójica. A más conocimiento de las determinaciones, mayor ámbito de libertad respecto de la naturaleza entendida en su globalidad. O descendiendo a lo concreto, menos hambre, menos dolor, menos limitaciones espacio temporales (viajar, visualizar, hablar, oír).

Expresado en términos de la filosofía estoica, es como si al descubrir y aceptar lo que ellos llamaban el *Logos*, es decir al integrarnos en ello, al integrarnos en la Naturaleza con sus leyes (sus determinaciones) vía el conocimiento de las mismas, nos constituyéramos al mismo tiempo en seres más libres, en entidades

capaces de prever, predecir la manera en que se comportará gracias al conocimiento de esas inexorables (no arbitrarias) leyes de la naturaleza.

Así pues, nuestro rechazo de los dioses, nuestra imbricación y 'aceptación' (conocimiento) de la naturaleza nos hace más y más libres (respecto del entorno).

Pero no hay que olvidar que nosotros mismos somos naturaleza, somos animales (más o menos inteligentes) producto resultante, evolutivamente resultante de la naturaleza misma (de la realidad *que Es*; del Ser si se prefiere), a pesar de que durante siglos hayamos creído -nos hayamos pensado- como un producto especial y privilegiado concebido por un dios generoso.

Y es sólo a partir de Darwin que se ha empezado a aceptar, a reconocer esa animalidad (inteligente, sí, pero animalidad a fin de cuentas), o lo que es lo mismo nuestra aceptación de ser parte real -no distanciada- de la naturaleza.

Por lo tanto, la frase tres párrafos más arriba para que fuera más completa deberíamos reescribirla de la siguiente manera: "Así pues, nuestro rechazo de los dioses, nuestra imbricación, *conocimiento* y aceptación *de ser parte* de la naturaleza nos hace más y más libres respecto del entorno." Una curiosa paradoja.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con el libre albedrío? En principio, parece que nada. De hecho el señor Newton podría por ejemplo, al observar la caída de las manzanas, podría digo, haciendo uso de su uso albedrío, haber optado por considerar cualquier otra opción que no fuera la de la fuerza de la gravedad. -sin ir más lejos la opción religiosa a la que él mismo era 'tan aficionado'.

Sin embargo optó, "eligió" la fuerza gravitatoria, la cual junto a la electromagnética, nuclear fuerte y nuclear débil, es una de las fuerzas fundamentales del Universo, es decir aquellas que no pueden ser explicadas en función de otras más básicas.

Su "libre albedrío" le llevó a imbricarse con la naturaleza, con ese *logos* que decían los filósofos griegos. A conocerla y a aceptarla. A conocer un pedacito más de ella (la naturaleza) y a aceptar sus dictados.

El relato del propio Newton sobre cómo surgió la idea de la gravitación revelado a su amigo William Stukeley dice así.

"Después de cenar, como hacía buen tiempo, salimos al jardín a tomar el té a la sombra de unos manzanos", escribe Stukeley. "En la conversación me dijo que estaba en la misma situación que cuando le vino a la mente por primera vez la idea de la gravitación. La originó la caída de una manzana, mientras estaba sentado, reflexionando. Pensó para sí ¿por qué tiene que caer la manzana siempre perpendicularmente al suelo? ¿Por qué no cae hacia arriba o hacia un lado, y no siempre hacia el centro de la Tierra? La razón tiene que ser que la Tierra la atrae. Debe haber una fuerza de atracción en la materia; y la suma de la fuerza de atracción de la materia de la Tierra debe estar en el

centro de la Tierra, y no en otro lado. Por esto la manzana cae perpendicularmente, hacia el centro. Por tanto, si la materia atrae a la materia, debe ser en proporción a su cantidad. La manzana atrae a la Tierra tanto como la Tierra atrae a la manzana. Hay una fuerza, la que aquí llamamos gravedad, que se extiende por todo el universo".

El mundo sublunar se iba definitivamente al garete.

Se consumaba así la ruptura iniciada en el Renacimiento con el modo de pensar antiguo. Estaba en el ambiente y Newton lo materializó. ¿Libremente?

¿Fue un pensamiento plenamente libre? Habrá quien lo sostenga y lo defienda sean cuales fueren los argumentos y pruebas en su contra. Pero ya empiezan a aparecer voces, fundamentalmente neurocientíficos como Jerry Coyne o Rafael Yuste, que ponen en cuestión la idea clásica del libre albedrío surgiendo desde la conciencia.

Ya antes de ahora ha habido quién en base a los múltiples condicionamientos y determinaciones que hay en una entidad humana negaba -o al menos ponía en duda- su capacidad para ser realmente libre.

Condicionamientos de carácter psíquico, sociológico, físico, fisiológico, etc. pueden determinar, y de hecho determinan, nuestra capacidad de elegir y obrar libremente. O dicho de otra manera, el entorno, las circunstancias que rodean a nuestro yo ejecutante lo determinan, anulando su plena libertad de acción, su libertad. En definitiva, cada ser humano es hijo de su tiempo y de su cuerpo.

Sin embargo, al argumento de las determinaciones que restringen nuestra capacidad de elegir y obrar libremente se le puede dar la vuelta.

Por ejemplo, el deseo de volar o de sumergirnos en el mar -deseo quimérico de alcanzar por causa de nuestras limitaciones físicas (determinaciones)- ha sido posible consumarlo gracias al pensamiento (discursivo)

que nos ha permitido desarrollar aparatos -extensiones del hombre en la terminología de McLuhan- con los que poder volar o bucear.

Naturalmente estoy haciendo un uso muy extensivo del concepto "libre albedrío", en el sentido básico de capacidad para optar entre varias alternativas; sin incluir, de momento, cualquier referencia a lo moral.

Pues bien, ya hemos visto más arriba que incluso en el caso del contra-argumento mencionado (y en otros de similar factura) el pensamiento que nos ha posibilitado volar o sumergirnos no ha hecho otra cosa que acoplarse a las leyes de la naturaleza, descubriendo, desvelando sus características ocultas, sus reglas de funcionamiento, para así poder aprovecharse y hacer uso de ellas. Nuestra integración en, nuestro conocimiento de, la Naturaleza amplía - paradójicamente- nuestro ámbito de libertad.

La novedad de la actual puesta en cuestión de la idea clásica del libre albedrío surgiendo desde la conciencia estriba en que no recurre a las determinaciones sino a un fundamento empírico de difícil contestación.

Pues conforme a las investigaciones de los neurocientíficos mediante técnicas de lectura del cerebro (resonancia magnética, electrodos, etc.), resulta que el patrón de actividad neuronal por el que se activan decisiones ocurre varios (hasta 7) segundos antes de que el individuo sea consciente de las mismas. O dicho de otra manera, es el cerebro el que toma realmente las decisiones, y es sólo con posterioridad a las mismas que éstas se manifiestan en mi conciencia, la cual no es sino una propiedad emergente del cerebro, es decir algo distinto a la mera suma de sus partes al igual que cualquier otro (sub)sistema.

David Eagleman, el neurocientífico autor de *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro*, lo expresa de una manera en mi opinión un tanto equívoca cuando citando al Pink Floyd de *The Dark Side of the Moon* afirma «Hay

alguien en mi cabeza, pero no soy yo.» Naturalmente esto puede dar pábulo para algunos a pensar que realmente hay una persona física cuando en realidad lo que está diciendo es que mi yo consciente está más allá de mi yo ejecutante al cual realmente no controla.

Es como el león (leona) que ejecuta una persecución en el momento en que su cerebro cazador percibe una oportunidad para realizarla. No su conciencia sino su cerebro. Su yo ejecutante.

De hecho, esa pulsión para realizar cosas (tomar decisiones) es bastante más fuerte que cualquier conciencia. Cortázar por ejemplo, a propósito de Rayuela, decía que durante el tiempo de su escritura lo hacía por causa de un impulso irrefrenable que le llevaba a ello. Y cualquiera que realice una actividad medianamente creativa y voluntaria sabe perfectamente que ésta se realiza por impulsos, y que a periodos de vehemente actividad pueden seguir espacios de total calma por más que uno desee, en la conciencia, proseguir.

Yo mismo he deseado atacar el problema de la Ética muchas veces (la moral hace daño a la salud) e incluso he comenzado a escribir para al poco tener que abandonar por falta de motivación, de deseo. Quizás porque las vías argumentativas no eran muy sólidas, o al menos no todo lo sólidas que podrían desear los demás, vías basadas fundamentalmente en las "determinaciones" que hablaba arriba y en la experiencia personal de la no-moral zen (pensamiento ejecutante o 'no-pensamiento', es decir sin pensamiento discursivo o conciencia).

Sin embargo la aparición de los actuales descubrimientos aportados por la Neurociencia mencionados más arriba ponen absolutamente en cuestión la idea clásica del famoso Libre Albedrío. El cual, a todas luces no existe.

Hacia una ética ontológica (una Ética desde la filosofía)

Naturalmente esto provoca un fuerte rechazo por parte de filósofos como Mario Bunge o Fernando Savater los cuales se horrorizan, o al menos manifiestan su desacuerdo, ante la posibilidad de que no exista libre albedrío.

Ellos (y posiblemente usted que me está leyendo) imbuidos por el pensamiento religioso y una educación de siglos, simplemente consideran impensable que realmente no seamos libres, y por lo tanto no responsables de nuestros delitos y/o "pecados".

Sobre este particular, pienso que el "libre albedrío" está al mismo nivel que antaño lo estuvieron las "ideas innatas". Un lugar común a mayor gloria de las creencias religiosas relativas al pecado, creencias que han sido el sostén del orden social (tanto en Oriente

como en Occidente, tanto en Birmania como en Inglaterra, por ejemplo).

Pues justamente es gracias a la idea del libre albedrío, a la idea de que realmente somos libres en la realización de nuestros actos, que las sociedades establecen criterios taxativos sobre el Bien y el Mal, sobre lo que es bueno y es malo, en muchos casos de una manera completamente arbitraria por causa de la costumbre, la ideología y/o las creencias.

Estos criterios taxativos sobre el bien y el mal constituyen la Moral, un invento artificioso desarrollado por los humanos, por el pensamiento discursivo - simbólico-, con el fin de lograr un cierto autocontrol de las sociedades. Invento en el que han caído una y otra vez los filósofos, postulando guías de conducta, y olvidando que en la Naturaleza, en *Lo que Es*, no existe el bien o el mal en sí mismos. Simplemente en ella las cosas son. Una veces hacen 'daño' a algunos, otras bien, y viceversa.

Pues ante acontecimientos como una explosión de una estrella a mí me resulta imposible responder a la pregunta ¿eso es bueno o es malo? que un buen compañero filósofo solía hacerme. Y lo mismo si la pregunta se refiere a cualquier otro acontecer en el ámbito de la física. Si acaso, todo lo más, tendería a pensar que aquello que contribuya a la organización, a la formación de estructuras en el seno de la realidad es bueno, y lo contrario malo. Digo tendería si no supiera que para la configuración de estructuras organizadas es preciso que otras se destruyan, para a su vez proceder a reorganizaciones que a su vezetc.

Y lo mismo podríamos decir cuando nos referimos a acontecimientos ocurridos en el seno de nuestro planeta tales como, por ejemplo, la caza e ingesta de un animal cualquiera por otro. Malo para unos, bueno para el animal cazador. Y si este animal es un humano entonces incluso es posible que ni siquiera lo haya tenido que cazar; le habrá bastado con disponer de un criadero de animales para consumo y distribución.

¿Significa esto que no podemos establecer criterios de bien y mal a nivel humano?

Naturalmente que podemos, y lo hacemos continuamente. Supuestamente en base a una moral revelada y/o universal. En la realidad, en base a nuestra conveniencia, a lo que convenimos. Y estas 'convenciones' han ido cambiando a lo largo del tiempo, y lo seguirán haciendo en el futuro.

Ni que decir tiene que resulta muy duro descubrir que no hay libre albedrío. Tan duro como asumir que no hay ideas innatas (la idea de dios, por ejemplo), o que la Tierra no es el centro del universo, o que no somos seres distinguidos sino animales más o menos evolucionados. Tan duro como reconocer que no existe ningún 'élan vital' sino puritito ADN, o que el pensamiento supuestamente incorpóreo que creíamos exclusivo del los humanos también forma parte de otros entes como, por ejemplo, la máquina que gana al ajedrez (precisamente porque no es incorpóreo), o el mono capuchino que arroja indignado al suelo la

insuficiente recompensa que le acaban de dar por haber realizado sin embargo una acción de manera correcta (Professor Frans de Waal, en YouTube)

Tan duro es que Mario Bunge, cuando en el turno de ruegos y preguntas tras finalizar una conferencia un profesor le preguntó cuál era su opinión acerca del libre albedrío tras los últimos descubrimientos científicos, reaccionó en contra de la actual posición de la neurociencia y en su respuesta se remitió al año 59 (1959) en el que publicó su primer libro en inglés, y tras una serie de obsoletas tonterías sobre el lóbulo frontal, vino finalmente a decir que "el libre albedrío es la base de la moral" (a partir del minuto 1:06:05 <https://canal.uned.es/mmobj/index/id/19670>).

Normal, ésta es la respuesta que durante siglos han establecido todas las religiones con el fin de justificar el pecado así como el castigo y el premio tanto acá, en la tierra, como más allá, tras la muerte.

Y no, la realidad es que la base de la moral no es realmente el libre albedrío sino la conveniencia, es decir lo que conviene a un colectivo humano. Lo que se conviene como bueno o malo.

La moral entonces se conforma en base al mismo criterio por el que se conforma un Estado en el decir de John Locke: Convención.

A veces esa convención coincide con los criterios judiciales, en otras no. De hecho en una gran mayoría de ocasiones suele haber un cierto *décalage*, un cierto distanciamiento entre lo legal y lo moral, que resulta manifiesto y obvio en el transcurso de los grandes periodos de cambio, pero también en los periodos de calma social en los que hay colectivos (grupos primarios o secundarios) que tienen sus propios códigos morales que no coinciden plenamente con los del resto y menos aún con lo establecido por la propia Ley.

La moral pues, sí existe. Pero cambia según el lugar y el tiempo, y desde luego no está basada en el libre

albedrío por lo cual ni la religión ni por supuesto la filosofía pueden establecerla en función de esa supuesta libre voluntad de los individuos. De hacerlo lo harán en función de las creencias y hábitos en una sociedad dada, creencias y hábitos que sabemos van cambiando en la medida que la propia especie va generando nuevos conocimientos y/o conquistas cismogenéticas de lo cual hablaremos más adelante.

Esa pretensión de establecer o promover reglas de conducta universales es un auténtico desatino teniendo en cuenta el carácter animal de nuestra especie.

Ninguno de nosotros nace adulto. Hemos de pasar por un largo periodo de aprendizaje, la infancia y la adolescencia, en el que las reglas que nos pudiéramos pensar para el mundo adulto son absolutamente inválidas para ese tiempo.

E incluso, en ese mundo adulto resulta extremadamente pretencioso establecer reglas universales, obviando con ellas necesidades básicas como comer, dormir, etc.

Por ejemplo, la expresión "el fin *no* justifica los medios" tan querida por las moralinas filosóficas y/o las hipócritas religiones se da de bruces con la realidad (moral) del día a día en las sociedades humanas.

¡Claro que el fin justifica los medios! El mal (expresado en el llanto) de un niño, normalmente (en una sociedad rica), es el resultado de un buen fin, de una buena finalidad; por ejemplo aceptar que el mundo no es el objeto de tus caprichos y que no siempre se puede conseguir lo que uno quiere.

Pero, ni que decir tiene que tampoco en este caso concreto ("el fin *sí* justifica los medios") es posible establecerlo como una regla absoluta, como una norma moral universal. Dependerá de los fines y, por supuesto, dependerá de los medios. Es decir, dependerá de lo que convengamos como aceptable y conveniente. Mínimo, lo que marque la ley positiva.

Naturalmente es posible elaborar códigos éticos más o menos 'progresistas', pero haciéndolo no se hará

filosofía sino más bien moralina razonada. De hecho, en los tiempos en los que vivo parece que hay una desmesurada necesidad (o quizás una demanda) de leer y escribir códigos de conducta que restablezcan valores en un mundo vertiginosamente en cambio.

Todos ellos se basan en el supuesto del libre albedrío, lo cual a juzgar por los últimos descubrimientos de la ciencia mencionados más arriba es un falso supuesto.

No obstante, como dice el neurocientífico Rafael Yuste, "Tras el disparo de una neurona, la sinapsis no siempre se activa. Entonces hay un momento estocástico [no determinista] en el que las conexiones neuronales disparan o no disparan [y la conciencia no interviene para nada en ello]. Es muy posible -aunque estoy especulando- que lo que llamamos libre albedrío tenga [en realidad] que ver con esto, igual que en la Física, concretamente en la mecánica cuántica, no todos los fenómenos son deterministas."

Sin embargo, todo parece indicar que existen conductas específicas (individuales y colectivas) en cada especie hacia las cuales los miembros de la misma están abocados, tanto digamos de orden moral (bien-mal) como de otra naturaleza. Que unas veces haya o no disparo conductual no invalida la existencia de una tendencia propia en el conjunto de miembros de esa especie, aunque ésta no se manifieste de una manera completamente determinista. Esa tendencia es lo que Aristóteles llamaría *Telos*, la posesión de un *telos*, una finalidad, un propósito; en los pájaros volar, cazar ratones en los gatos, etc., matizada para cada caso individual (las determinaciones y condicionamientos de los que hablaba arriba). Con errores y retrocesos (disparo/no disparo neuronal) que -en nuestro ámbito humano- nosotros confundimos con el libre albedrío.

¿Y qué es lo que caracteriza esencialmente a nuestra especie más allá de las singularidades propias de cada individuo? Pues en lo referente a lo 'moral' no hay duda que podemos ser -y somos- esencialmente crueles, depredadores, asesinos, torturadores, dictadores en

potencia (y en la práctica si nos dejan), en una palabra malvados. Malvados fundamentalmente respecto a nosotros mismos los humanos, aunque también puede hacerse extensible a otros entes. La historia de nuestra humanidad está repleta de ejemplos y no creo que sea necesario relatar algunos de ellos. En realidad se puede decir que es la historia misma de la infamia.

Pero también es cierto que, al igual que otras especies, podemos ser -y somos- extraordinariamente solidarios, cordiales y responsables. Probablemente la causa de ello sea el principio de supervivencia como grupo, siempre y cuando no entre en contradicción (en la mayoría de los casos) con la nuestra propia (supervivencia).

Es verdad que podemos sentir empatía 'positiva' por el otro (no importa quién sea el otro), convirtiéndonos así en personas muy solidarias. Pero también somos capaces de sentir empatía 'negativa' por la cual sabemos qué es lo que hace daño al otro, qué es lo que le mortifica, y actuar en consecuencia.

Esta dualidad, esta doble cualidad "moral" es constitutiva de los seres humanos de la misma manera que lo es en el resto de la naturaleza si es que en ella pudiera hablarse de 'moral'. De tal manera que si queremos realizar una reflexión ética, si queremos profundizar en lo que podría llamarse una Ética Ontológica, una ética que reflexione acerca del bien y el mal, o si se prefiere el Bien y el Mal (así, con mayúsculas) entonces tendremos que convenir que la naturaleza (*Lo que Es Siendo*) está impregnada de ambos elementos sin que en ella pueda prevalecer uno u otro. De hecho son elementos que se generan mutuamente y son inconcebibles sin su contrario.

En el caso de la naturaleza humana las llamadas morales no han evitado que sigamos poseídos de las mismas pasiones que antaño (pasiones del alma que dirían los racionalistas del siglo XVII). De hecho, podemos decir que, a diferencia de otras áreas y más en concreto de las áreas del conocimiento y de la técnica, en el ámbito moral no ha habido el más mínimo progreso. Seguimos siendo igual de malvados que hace

100 siglos aunque también igual de solidarios. Es parte de nuestra naturaleza.

La convivencia de ambas tensiones, en nuestro tiempo, se manifiesta en el mundo desarrollado con la total aceptación de la expresión de nuestras pulsiones más negativas (hacer daño a los demás) a través del cine, los juegos cada vez más inmersivos y la realidad virtual.

Podemos, por ejemplo, empatizar con el personaje 'bueno' de una película el cual está continuamente haciendo 'maldades' y llenando de sangre la pantalla. Esta empatía, por la cual se nos eriza el vello del brazo ante una situación de temor, o sentimos vicariamente la misma excitación sexual física que los personajes, o nos llenamos de adrenalina, me recuerda al modelo de cine descrito por Huxley en *Un Mundo Feliz*.

No hay gran diferencia. En ambos casos -y también en la práctica de juegos inmersivos- la maldad no va acompañada de mala conciencia; mala conciencia (ahora sí) moral, es decir la moral social que

proporciona la convención, la ley. Podemos matar, destruir, arrasar al Otro Virtual sin la más mínima desazón ni remordimiento. Genial. Todo es mentira aunque sea verdad.

Esto que menciono arriba ocurre en los países desarrollados como norma general. Pero, por desgracia, de una manera continua como en un goteo, podemos ver individuos y grupos de individuos realizar maldades (daño al Otro) de una manera imparable, que ni el tiempo ni el Progreso han sido capaces de detener. Basta mirar las crónicas de Sucesos o la sección Internacional con sus guerras para comprobarlo. (O acercarse a un aula de enseñanza en Secundaria para dar fe de ello).

No ha habido el menor progreso moral individual. Las moralinas que indican lo que has de hacer, no sirven para nada.

Y esto que he descrito vale para las sociedades desarrolladas, donde a fin de cuentas -gracias al

progreso y al confort que nos proporciona- estadísticamente se mata menos que antes. Nada comparable a las sociedades en las que el fanatismo religioso impera a sus anchas.

Por otra parte el discurso moral que plantean los filósofos que se han dedicado a ello en la actualidad no es en el fondo otra cosa que un discurso político encubierto. Un discurso en el que proponen modelos de convivencia, o para ser más precisos actitudes que los entes humanos deben observar, actitudes a partir de las cuales se modela el sistema de convivencia.

En ese sentido no difieren de las religiones. Primero el ser humano, con su noción de pecado y liberación del pecado (en el caso de las religiones), y a partir de ahí la sociedad se amolda a, se salvaguarda en, los parámetros morales propuestos. Tal ha sido el caso del cristianismo e islamismo, por no mencionar sino las más recientes y crueles religiones de nuestro mundo.

Para eso, para hacer moralina razonada creo que es preferible directamente el discurso político. Un discurso que proponga modelos de organización social tal y como hicieron Locke o Montesquieu, y que fue luego desarrollado en la Revolución Americana, en la que Jefferson declaró como derechos inalienables del ser humano, entre otros, "la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad".

De hecho en nuestras sociedades desarrolladas el modelo basado en la división de poderes y su control por parte de la ciudadanía es el que se ha impuesto, probablemente por ser el menos malo de los posibles. Sobre ello, pueden luego hacerse todos los matices que se quieran, es decir desarrollar un verdadero discurso político. Como por ejemplo el esbozado en la llamada Carta del Atlántico, incorporada luego a la Declaración de las Naciones Unidas.

Pero volviendo al tema de la no-moral, es decir de la Ética en su sentido ontológico -con esa dualidad intrínseca Bien Mal en la naturaleza (también en la

naturaleza humana)- resulta paradójico que concebir el máximo bien, lo que podríamos llamar el bien absoluto, podría (y digo podría) implicar hacer el máximo mal. Colmar cualquier deseo. O vivirlo vicariamente.

Quizás el progreso, el avance del conocimiento y de la técnica, pudiera algún día proporcionarlo.

Lo cual me lleva al elemento que en principio nada tiene que ver con lo ético pero que realmente caracteriza a nuestro *Telos*, el *telos* humano. Este no es otro que el *Conocimiento*, el deseo y la búsqueda del *conocimiento*.

Pues en efecto, desde nuestra aparición como especie (génesis por la cual se produjo nuestra separación distintiva del resto de las especies de la naturaleza, es decir la cismogénesis) la historia de nuestra humanidad está jalonada por el descubrimiento de técnicas, conocimiento en suma, por medio del cual hemos ido logrando superar una total situación de absoluta inferioridad respecto a nuestro medio para poco a poco

lograr una cierta mayor independencia respecto de la naturaleza contextual y sus leyes.

Nuestro aumento de conocimiento, desarrollado a lo largo de cientos de siglos, ha sido lento en ocasiones, acelerado en otras, pero ha sido una constante en la historia de la especie, una característica que claramente le es propia.

Gracias a ella, gracias a esta característica óptica hemos logrado un bienestar, un *bien-estar* impensable hace no mucho. Y cuando hablo de *bien-estar* estoy hablando asuntos básicos y suficientemente objetivos como el alimento, la salud, el habitáculo, la obtención de energía. Problemas similares a los de cualquier otra especie bastante bien resueltos en la mayor parte de las sociedades humanas. Y que sin la menor duda tendrán una mejor resolución en el futuro. La nanotecnología, la genética, la investigación nuclear y subatómica -por citas algunas áreas- ya apuntan en esa dirección.

Además, la especie ha logrado superar las limitaciones del espacio y el tiempo. De una manera limitada por ahora, pero lo suficientemente significativa como para mencionarlo. El acceso a documentos sonoros y visuales del pasado, el sentimiento de ubicuidad que nos da una retransmisión televisiva/radiofónica en directo, el diálogo posible a través del teléfono, la propia comunicación a distancia que se produce en el ámbito de Internet, el acceso fácil a la información, la rapidez en los desplazamientos a lo largo y ancho del planeta, son conquistas producidas por esa 'manía' de pensar, de *cum putare*, que es propia de nuestro *telos*, de esa característica que nos es propia e intrínseca a la especie humana.

Teniendo en cuenta que con esos logros -los logros mencionados más arriba: menos hambre, menos enfermedades, menos miseria- además de obtener un *bien* objetivo, logramos con ellos mayores cotas de libertad frente a las determinaciones de la naturaleza (contextual), habremos de convenir que el único *Bien*

ético, el único bien ético-ontológico, es el del *Conocimiento*.

El Conocimiento -cuya pulsión es intrínseca a la especie humana- es el que amplía nuestro horizonte de *libertad* (física), siendo éste el otro *bien*, íntimamente asociado al conocimiento, que obtenemos los humanos. Conocer para ser libres de cualquier determinación. Y que en su máximo grado nos haría semejantes a los dioses.

Por lo tanto el único *bien ético* (en el sentido radical expresado en este texto, bien óntico totalmente ajeno a las moralinas), el único *Bien* que desde la filosofía se puede proclamar, se puede preconizar, es de la *búsqueda del conocimiento y el conocimiento mismo*. Es decir, favorecer en cualquier discurso las condiciones para que esa búsqueda del conocimiento pueda tener lugar.

Libertad, No Libertad (albedrío) y Círculo Virtuoso

Personalmente soy de los que piensan que tras haber escrito un texto conviene dejarlo reposar durante un tiempo para, pasados unos meses, volverlo a leer desde el distanciamiento para encontrar así los defectos o carencias que un lector cualquiera pudiera apreciar.

Y así, al releer el texto que antecede me doy cuenta que al haber hecho uso del término 'libertad' en dos acepciones diferentes (una, libertad física respecto al resto de la naturaleza; otra, la no-libertad del llamado libre albedrío) pudiera ser que ello moviera a la confusión, a pesar del contexto en el que cada uno de ellos se utilizaba.

De hecho, al realizar pequeñas modificaciones sencillas al texto precedente, tales como añadir la expresión "respecto del entorno" cuando me refiero a la libertad física (a la libertad respecto al resto de la naturaleza) me

doy cuenta que, para algunos, la relación entre una y otra (el no-libre albedrío y la libertad física) es una relación insuficientemente desarrollada y/o explicada, constituyendo sin embargo entrambas un potente círculo virtuoso (como ya se ha señalado más arriba) propio de un sistema con salida.

Por esta causa considero conveniente explicar mediante un ejemplo concreto ese doble vínculo para así dejarlo más claro.

Ni que decir tiene que cualquier tipo de explicación debe tener siempre una dimensión diacrónica, es decir desarrollada a lo largo del tiempo, ya que el propio (sub)sistema humano se expresa a través del mismo, al igual que el propio Ser (*lo que es siendo*) del que es parte.

Podríamos remontar el inicio del ejemplo a varias decenas de miles de años, pero como ya hemos referencia a varios personajes del siglo XVIII creo que

nos bastará empezar ahí para hacer entender la doble acepción del término "libertad":

Casanova fue un gran viajero hasta el punto que puede apreciarse en sus memorias que sentía un verdadero placer por el viaje en sí. De hecho, en cierta manera tenía actitudes que bien podrían decirse precursoras tales como viajar de noche, llevando eso sí un jinete por delante del carruaje a una prudente distancia a fin de evitar sorpresas.

Parece que este hábito viajero nocturno debió ser más frecuente de lo que nos imaginamos entre las personas con dinero, y en un momento de la exposición de sus memorias hacen su aparición carruajes preparados para dormir en ellos como si de un coche cama se tratara. Había mercado.

Pues bien, Casanova en uso de su (falso) libre albedrío tenía varias opciones para viajar. Podía ir en alguna línea regular (alguna vez lo hizo); podía comprar el carruaje y revenderlo cuando ya no lo necesitara; podía

alquilarlo (como si de un moderno taxi se tratara); o incluso podía hacer el viaje andando como así fue en al menos una ocasión.

Como ya hemos visto es su cerebro en el que tomaría las decisiones, que luego pasarían a su nivel de conciencia. Naturalmente el cerebro de Casanova, como el de los demás seres humanos y otros animales, es un cerebro 'social', un cerebro que tiene en cuenta las variables del entorno. Y así, sin ánimo de ser exhaustivo podríamos decir que sus decisiones serían tomadas en función de su educación, de sus vivencias infantiles, de sus experiencias previas, de sus necesidades físicas, de la cantidad de *zecchini* (cequíes de oro) disponibles, etc.

Pues bien, en la historia individual de cada ser humano ocurre lo mismo. Las decisiones las toma el cerebro en función de variables que la conciencia no controla y que son el resultado del carácter social del ser humano.

Como miembros de una especie, estamos profundamente torneados -modulados- por nuestro

entorno (social y biológico). Pero como miembros de esta especie ya hemos visto que también estamos abocados a la búsqueda del conocimiento, que además fijamos por escrito y transmitimos, permitiendo - generación tras generación- una acumulación de saberes que a su vez abren camino a otros.

Y así, si Casanova viviera en nuestros días sus opciones para viajar cambiarían drásticamente gracias al desarrollo de tecnologías obtenidas mediante el conocimiento. Pues (además de las opciones anteriores mencionadas si es que tuviera el capricho de seguir alguna de ellas) se encontraría con una diversidad de medios de transporte los cuales *de facto* nos permiten ser más libre respecto de la naturaleza (del resto de la naturaleza para ser más preciso), permitiéndonos salvar distancias en tiempos impensables (pero sí soñables) no sólo en el Paleolítico o en el Neolítico sino incluso en el mismo siglo XVIII, el tiempo de Casanova.

Éste podría hacer uso en sus desplazamientos del vaporetto o del motoscafo (la lancha a motor). Asimismo

para salvar distancias mayores podría usar una espléndida gama de aviones que irían desde el jet privado al de línea regular pasando por pequeñas avionetas a motor de pistón. Lo mismo respecto de los coches, desde el Lamborghini al Fiat 500. Y de igual manera podríamos hablar de los trenes, además de los otros artilugios que nos permiten la ubicuidad presencial, es decir la telepresencia.

Esta nueva gama de opciones propias del siglo XXI respecto a las del siglo XVIII no cambia, sin embargo, el mecanismo por el cual el ser humano toma sus decisiones. En todos los casos estas decisiones las realiza el cerebro sin que la conciencia intervenga en ello (y como en los matrimonios con cornudo, ésta -la conciencia- es la última en enterarse); es decir no hay libre albedrío, no somos libres. Pero por otra parte, la pulsión del cerebro (una pulsión colectiva de la especie humana) por la búsqueda y el desarrollo del conocimiento nos permite ampliar nuestras posibilidades de decisión así como nuestro control sobre el resto de la naturaleza de suerte que podemos decir que nuestro

ámbito de actuación ahora es más libre que en el pasado, y sin la menor duda aún lo será más y más en el futuro.

Y naturalmente el ejemplo desarrollado más arriba podría hacerse con cualquier otro aspecto de la vida de la especie humana, sanidad, higiene, alimentación, información, hábitat, ocio, etc., etc.

Así pues, la no-libertad de la conciencia nos conduce a una mayor libertad en el seno de la Naturaleza, precisamente porque somos parte de ella.

Conciencia, muerte y religión

Decíamos más arriba que una de las constantes del ser humano era la de la búsqueda del conocimiento, y que, siendo ésta la característica de su Ser, la única opción ética posible era la de favorecer las condiciones sociales para que esa búsqueda del conocimiento pudiera tener lugar.

Sin embargo, es preciso reconocer que junto a la búsqueda del conocimiento existe otra característica del ser *ser_humano* que es antagónica a la anterior y que en cierta manera se constituye como su complementario a la par que su opuesto. Es como el mal y bien, opuestos necesarios el uno para con el otro.

Esta característica óntica no es otra que la necesidad de creer, es decir la creencia, la credulidad, la cual puede llamarse de muchas maneras: opinión, ilusión, fe.

De ella, por causa de ella, surgen los mitos, los charlatanes, los curanderos y toda clase de supersticiones. Por ella, en fin, han surgido los rituales religiosos y, en definitiva, las religiones.

El pensamiento ilustrado del siglo XVIII era consciente de ello y como ya indicó Hume en su *Historia natural de la religión* "los sentimientos ordinarios de la vida, el ansioso deseo de felicidad, el temor a la miseria futura, el terror a la muerte, la sed de venganza, el hambre y otras necesidades" son las causas por las cuales aparecen las religiones.

De todos estos deseos y temores sin duda el de la muerte es el más poderoso. Y aunque los demás sentimientos mencionados por Hume son la causa de supersticiones de todo tipo dando lugar a charlatanes, "magos", echadores de cartas, etc., sin duda alguna es la religión -cualquier religión- la que se lleva la palma, constituyendo la cúspide del pensamiento mítico (supersticioso en el vocabulario de los ilustrados del

XVIII) en el cual millones de personas creen y confían sus esperanzas cualquiera que ellas sean.

Este vocablo, el de supersticiones, servía en aquel siglo tanto para describir a una religión como a un ritual mágico, y de hecho el ilustrado Casanova se aprovechó en más de una ocasión de la candidez supersticiosa de sus semejantes para obtener el beneficio económico al que su inteligencia y ausencia de escrúpulos creía tener derecho.

El aumento del conocimiento y su puesta en práctica sin duda ha mejorado nuestras condiciones materiales de vida, nuestro bien-estar, pero como ya dijimos más arriba ello no ha supuesto el menor progreso moral. Se mata, se tortura, se odia, se teme, se desea, etc. igual que antaño puesto que es parte de nuestra naturaleza. Y aunque gracias al progreso material ha habido, si lo comparamos con el pasado, un evidente retroceso de las religiones con toda su parafernalia de normas, coacciones y restricciones, éstas ni han desaparecido ni presumiblemente desaparecerán nunca. De hecho, en el

tiempo en el que escribo está habiendo un horroroso repunte religioso acompañado de toda la inmensa crueldad que la creencia ciega (el fanatismo) lleva incorporado.

Sin embargo, este antagonismo supone una no-dualidad, es decir un antagonismo no-dual, ya que existe un denominador común entre el creer y el conocer. En ambos casos, tanto en la necesidad de creer como en la necesidad de conocer, existe una exigencia humana por superar y controlar la realidad, una realidad que nos somete a limitaciones de todo tipo, hambre, enfermedad, ausencia de afecto-amor, condiciones de vida (frío, calor), comunicación espacio temporal, dolor, muerte. Por ello, podemos decir que esa necesidad de superar y controlar la realidad significa un intento de apropiación de la realidad misma y no olvidemos que, como en el acto de fotografiar o de mirar a través de la cámara obscura (Canaletto) o pintar un bisonte, "toda apropiación implica un deseo, y todo deseo una carencia".

Quizás por esta causa el fenómeno religioso ha sido una constante en la historia de la especie humana, al menos desde que tenemos pruebas de ello en el Paleolítico; e incluso (a tenor de los últimos hallazgos relativos al Homo Neandertal) parece que hay rituales de enterramiento entre los neandertales que sugieren que también en esa especie hubo actitudes religiosas en torno a la muerte.

Y así, de la misma manera que las pasiones del alma (que dirían los racionalistas del XVII) nos mueven y nos motivan hacia la gran pasión que es el conocimiento, por estas mismas causas la especie en su conjunto está impelida, impulsada a creer, de suerte que uno y otra, conocimiento o creencia, nos ayudan a intentar superar las limitaciones, las determinaciones que la realidad nos impone.

De todas las determinaciones mencionadas sin duda la de la muerte es la más poderosa, la más definitiva, y por la cual somos capaces de inventarnos lo que sea con tal de superarla. Se entiende que cuando hablo de superar

me refiero no sólo a hacerlo respecto de la muerte propia sino también de la ajena, la de los seres amados cuya ausencia definitiva nos produce una devastación sin límite y sin medida; literalmente, una devastación que no se puede medir.

Por esta causa, por la necesidad de negar la muerte y el deseo de sobrevivir, el ser humano ha concebido un ente al que llama dios el cual sería el que generosamente otorgue una vida más allá de la vida. Buena o mala, cielo o infierno, reencarnación positiva o negativa, en función de los criterios (morales) absolutamente peculiares establecidos por sus sacerdotes.

No pongo en duda que las religiones hayan servido de consuelo a los humanos, y por lo tanto hayan proporcionado alguna clase de bien (alivio al dolor). Tampoco pongo en duda que las religiones nos hayan legado preciosos edificios de culto por cuya dimensión artística o histórica solemos visitar en tanto que objetos turísticos.

Pero de la misma manera que también han sido capaces de construir edificios espantosos (como el de la Sagrada Familia en Barcelona) las religiones han sido en su mayor medida un foco de mal (daño al otro), unas organizaciones para el fanatismo y la intolerancia. Capaces de asesinar con toda crueldad a los disidentes y a los extraños de su amigo imaginario. Un mundo de fantasías plasmadas terroríficamente en el mundo de las personas. De locos.

Así pues, y sin la menor duda, en la balanza del beneficio-perjuicio en la que podemos colocar a las religiones, entiendo que éstas han causado más mal que bien especialmente por cuanto entran en colisión con la pulsión del conocimiento al que obstaculizan, reprimen y condenan.

En la medida en que las sociedades humanas vamos superando las limitaciones, las determinaciones que la realidad nos impone, la influencia de las religiones en la vida cotidiana disminuye y crece la importancia de la ciencia tanto en sus aspectos teóricos como en los más

prácticos. Hasta el punto que, en el largo plazo de la historia humana y su desarrollo, podemos lograr superar (vía Realidad Virtual, como ya dije) cualquier tipo de determinación culminando así todo tipo de deseo, todo tipo de pasión, buena o mala según los parámetros de la moralina.

Sin embargo (siempre hay un pero), hay un elemento en las determinaciones de la *physis* al que considero imposible de superar puesto que forma parte de la misma *physis*, al igual que la vida -el nacimiento de la vida. Y éste no es otro que la muerte.

Por esta causa considero que siempre habrá religiones, siempre habrá actitudes religiosas en tanto que seamos incapaces de responder a la cuestión de si hay o no algo más allá de la muerte.

Lo lógico, lo empírico, es pensar que no. Que una vez desaparecidas las funciones que nos caracterizan como seres vivos simplemente desaparecemos. Es decir, que cuando deja de funcionar el conjunto de neuronas de

nuestro cerebro entonces la Conciencia (de ese cerebro) deja de existir.

Pues, no lo olvidemos, la Conciencia no es otra cosa que propiedad emergente de un sistema; en este caso del (sub)sistema que es el conjunto de neuronas cerebral.

Para los no familiarizados con la Sistémica como instrumento de análisis científico debo aclarar que un Sistema se caracteriza por estar constituido por un conjunto de elementos con unas determinadas propiedades desde el que surge un nuevo elemento con unas características -propiedades- que nada tienen que ver con las de las partes que lo componen. Por ejemplo, una habitación como desde la que estoy escribiendo está formada por tabiques, puertas, quizás ventanas, suelo, etc. Ninguno de esos elementos constituye en sí una habitación, y sólo en la medida en que hay entre ellos una interacción organizada surge una propiedad absolutamente distinta que percibimos y llamamos habitación. O, poniendo otro ejemplo, el conjunto de

piedras organizado que dejan de ser una mera agregación (suma) de piedras para convertirse en el *Mont Saint Michel*,

En palabras de Searle para explicar la emergencia de la conciencia ésta sería como el agua que tiene la propiedad de ser líquida como resultado del agregado de millones de moléculas de H₂O. Pero ninguna de esas moléculas tiene en sí la propiedad de ser líquida.

Pues igual ocurre en el cerebro. De hecho, no existe ninguna neurona o grupo de neuronas que se 'ilumine', que se active, indicando la presencia de la conciencia en ellas. O dicho de una manera más simple, no existe ninguna neurona en la que resida la conciencia. Ésta sólo es el resultado (emergente) de la actividad del sistema neuronal.

Así pues lo razonable y sensato es afirmar que una vez extinguida la actividad neuronal se extinga a su vez la conciencia que surge de ella.

Pero, como ya hemos dicho, el ser humano se rebela contra esta imposición y aspira y desea su propia supervivencia así como la de sus seres queridos.

Miles de miles de miles de millones de humanos han pensado, piensan y pensarán que tras esa extinción existe una continuación de la vida en otro lugar espacio-tiempo.

Y así, por causa de que en el fondo la idea es sumamente absurda ya que las evidencias empíricas muestran lo contrario, el ser humano inventa un(os) dios(es) que graciosamente otorga(n) ese don. Don, dádiva que a su vez va ligada a los comportamientos buenos o malos establecidos en virtud de unos criterios morales que como ya hemos visto no son más que una pura convención cultural que cambia con el tiempo y el lugar.

Yo no sé -y no puedo decir- que el ser humano sobreviva a la muerte. Pero lo que sí sé es que, de ocurrir, esto ocurriría de 'oficio', es decir por la misma

causa por la que una manzana cae del árbol por efecto de la gravedad o la luz puede descomponerse en un hermoso arco iris. Sería un hecho no regido por la arbitrariedad (de alguien o de algo) sino un hecho inevitable e intrínseco a la propia naturaleza general.

Oppenheimer, el gran físico y director civil del Proyecto Manhattan que dio lugar a la bomba atómica, decía que ante nosotros (*ahead*) en el universo hay un tan enorme y tan vasto futuro de conocimiento que incluso nos resulta imposible concebirlo. Personalmente soy muy consciente de ello, y me gustaría que el lector lo fuera también.

Piense por un momento en otro lugar espaciotemporal de nuestra historia humana, sitúese en la Edad Media, o en el mundo Grecolatino, y verá que algunos de los sueños más locos e inverosímiles que haya podido concebir el ser humano han podido hacerse realidad gracias al lento avance del conocimiento de lo que realmente es y no de lo que *parece ser*. *Episteme* frente a *doxa*.

Pero más (no sé muy bien qué palabra emplear) inquietante y turbador que intentar averiguar si hay vida después de la muerte, más desconcierto y perplejidad me produce intentar explicar y entender qué hacemos en nuestro universo si nos paramos a considerar los parámetros de la realidad descritos en este libro.

En la base, en el fundamento, en la raíz de los mismos se encuentra justamente aquello que da lugar al nacimiento de la filosofía y posibilita en definitiva la Ciencia. Es decir, nada absolutamente nada de lo que ocurre en la Naturaleza es el resultado de la acción arbitraria, del capricho o de la voluntad de ningún ente. No existe ninguna entidad, a la que solemos llamar dios, que por obra y capricho de su voluntad haga y deshaga en la naturaleza. En ella, las cosas suceden por que tienen que ocurrir de la misma manera que dos y dos son cuatro (en base diez) o las hojas caen de los árboles (de hoja caduca) en un determinado periodo del año, etc., etc.

El cometido del intelecto será pues intentar averiguar el porqué de esos acontecimientos sin recurrir para ello a substancias ocultas ni a entidades imaginarias que a la manera del *Deus ex machina* del teatro grecolatino aparecía en escena para resolver una situación aparentemente irresoluble.

Haciéndolo, resolviendo esos porqués, cimentamos eso que llamamos Ciencia la cual es absolutamente incompatible con cualquier clase de Mito, Superstición, Creencia y, en definitiva, cualquier Religión.

Al mismo tiempo, decíamos que el ser humano carece de libre albedrío (*free will*). Y basábamos tal afirmación en las investigaciones que la Neurociencia ha llevado a cabo las cuales han puesto de manifiesto la servidumbre de nuestra Conciencia respecto de las decisiones que toma el cerebro autónomamente.

Personalmente me cuesta concebir la ausencia de libre albedrío tal y como supongo que le pasa a la mayoría de los lectores. Todos tenemos la impresión de que en el

momento de tomar una decisión, en el momento de tener que optar por varias alternativas es nuestra conciencia la que resuelve, la que decide. Quizás en el futuro pueda confirmarse empíricamente esta impresión pero de momento, como ya se ha mencionado anteriormente, lo que se sabe es que primero se produce una actividad cerebral y luego, varios segundos más tarde, ésta se manifiesta como conciencia, con la particularidad añadida de que no hay ningún lugar en el cerebro en el que ésta (la conciencia) se muestre. Es sólo la propiedad emergente de un (sub)sistema.

En cierta manera podría equipararse a lo que tradicionalmente se ha llamado el alma suponiendo que ésta (la conciencia) pudiera subsistir al margen de un soporte material.

Pero, además del apoyo de la neurociencia para rechazar el libre albedrío está el hecho de que nosotros los humanos también somos naturaleza y por lo tanto estamos sometidos al mismo principio básico del que hablaba arriba: en ella, en la naturaleza nada ocurre

como resultado de una acción arbitraria, del capricho o de la voluntad de ningún ente. Los hechos ocurren porque han de ocurrir (y bien lo saben los psicólogos empeñados en descubrir las razones -la racionalidad- de nuestras acciones por muy disparatadas que éstas sean).

Durante siglos nos hemos sentido como separados de la naturaleza, y aún hoy estamos acostumbrados a mencionarla como algo distinto a nosotros mismos, los humanos. Sin embargo, tras Darwin y el desarrollo genocientífico posterior resulta absolutamente imposible dejar de aceptar que nosotros también somos naturaleza. Naturaleza en cierta forma al igual que lo es un árbol, una piedra o un chimpancé (a fin de cuentas, moléculas, átomos como nosotros). Pero también en cierta forma diferentes, y mucho, a un árbol, una piedra o un chimpancé conforme a la organización propia de los entes en cuestión. Así pues, iguales pero diversos.

Cada uno de estos entes, cada una de estas entidades (por usar un lenguaje más asequible y propio de

nuestros tiempos) tiene unas características que le son propias. Un *telos* que diría Aristóteles.

Ya hemos visto en qué consiste nuestro *telos*, el telos humano. Éste no es otro que "el *Conocimiento*, el deseo y la búsqueda del *conocimiento*".

Ignoro por completo hasta dónde y hasta cuándo nos llevará ese conocimiento. Sólo sé que ese saber no sirve para evitar las pulsiones básicas del ser humano; no sirve para conseguir el menor 'progreso' moral. Y esto es así porque el Bien y el Mal son parte constitutiva de él mismo; están en su raíz, tal y como lo están en la Naturaleza que antropogénicamente conocemos.

Entonces, si no somos libres, si esta naturaleza obra conforme a una racionalidad imperativa (como diría el gran Spinoza) la cual incluye radicalmente el Bien y el Mal, entonces ¿qué hacemos aquí, para qué sirve nuestra vida, para qué sirve nuestra muerte?

Una salida a estas preguntas es la que dio Platón con su existencia de otro mundo verdadero y perfecto en el que

residen, entre otros muchos, los *eidos* del Bien y la Belleza.

El problema es que liga este mundo con un sistema en el que es fundamental el libre albedrío (*free will*) de suerte que los procesos de reencarnación previstos en él están vinculados a las acciones -buenas o malas (lo que quiera que ello signifique para Platón)- realizadas por personas que disponen de una libre voluntad.

El resultado es algo lo más parecido al de cualquier religión, si bien es cierto que en esta concepción no se incluye a ningún dios propiamente dicho, sólo el Ordenador -el Demiurgo- que está muy lejos de ser un dios al uso.

Sin embargo con anterioridad a Platón ya hubo otros filósofos que apuntaron la posibilidad (más bien habría que decir certeza) de otros mundos, de otro mundo más allá de la muerte.

En concreto Heráclito, en alguno de los fragmentos conservados de su obra, así lo expresa al realizar afirmaciones desprovistas de moralina tales como

"A los hombres les aguarda al morir cuanto no esperan ni creen" o

"Lo mismo vivo y muerto, y despierto y dormido, y joven y viejo: pues estos se transforman en aquellos y aquellos, a la inversa, se transforman en estos",

y un poco más críptico

"Los inmortales son mortales, y los mortales son inmortales. Los unos viven la muerte de los otros, los otros mueren la vida de los unos".

Ni que decir tiene que estas afirmaciones, por mucho que las diga el gran Heráclito, carecen por completo de validez científica de la misma forma que no la tuvo el sueño descrito por Da Ponte que mencionábamos al principio. Son, no obstante, significativas en tanto que caracterizan a la realidad como un proceso compuesto

de entidades dinámicas en continua interacción; que no está en sí mismo cerrado, como ocurre en Platón, sino que es un proceso abierto e inconcluso por definición.

Asimismo, Heráclito -pero también Platón- no hacen sino recoger, dar forma, a una creencia popular presente en todas las culturas humanas por la que existe alguna suerte de vida más allá de la muerte.

Esta supuesta vida sería la que, de una manera u otra (platónica o heraclitiana), daría sentido a la vida que conocemos con certeza y en la cual reímos, lloramos, nos horrorizamos, luchamos, etc. tal y como, por ejemplo, ponía de manifiesto Monty Python en *The Meaning of Life*. Y en el caso de los filósofos, a veces metemos un gol en un partido de fútbol entre pensadores divertidamente interminable (también en Monty Python).

Respecto de la supervivencia de la conciencia ya comenté más arriba que, de ocurrir, ocurriría de 'oficio'

es decir "un hecho no regido por la arbitrariedad (de alguien o de algo) sino un hecho inevitable e intrínseco a la propia naturaleza general".

En cualquier caso, parece prudente pensar que esa conciencia, una vez muerto el cerebro, una vez cesada su actividad, sería una conciencia no referenciada al mismo, es decir sería una conciencia en sí. Lo que -en el supuesto de que ocurriera- se asemeja bastante al concepto de liberación de las filosofías orientales. O dicho a la manera orteguiana, sería una liberación del Yo Circunstancial, es decir del yo ligado al cerebro y a las circunstancias espaciotemporales en las que le ha tocado vivir.

Naturalmente, todo esto que digo es pura especulación ya que en realidad no tengo ni idea de lo que ocurre al morir. Es tan especulativo -al menos si no más- como postular la existencia del Múltiples Universos, el Multiverso sobre el cual teorizan algunos Físicos, de suerte que ligar una especulación con la otra no sería más que una especulación al cuadrado.

No obstante, no creo que sea posible cerrar el asunto insinuado arriba ya que el problema de fondo es que las neuronas a su vez están compuestas de moléculas y de átomos, de cuyo comportamiento subatómico aún estamos en mantillas.

Quizás en el futuro haya quien(es) lo resuelva(n).

Adenda (añadido a Conciencia y muerte)

Reflexiones acerca del tiempo y la Conciencia

Antes que nada pido disculpas por lo que pudiera parecer un autobombo. Las razones por las que utilizo fotos de mí mismo es porque es lo que tengo más a mano, y además son esas fotos las que me han servido para realizar una reflexión acerca del tiempo en conexión con los asuntos de este libro (*Ética del Ser*).

Asimismo, a semejanza de Charles Bukowski y su texto *Shakespeare never did it*, llegué a considerar titular el presente escrito algo así como *Heráclito nunca lo hizo*. Naturalmente nunca lo hizo.

Es decir nunca tuvo la oportunidad de confrontarse consigo mismo de una manera tan demoledoramente eficaz como la que podemos tener hoy en día gracias a los registros espaciotemporales que la técnica nos

proporciona -la técnica, ese desarrollo en el tiempo del *telos* humano.

Esta confrontación en épocas pasadas sólo era posible recurriendo a la memoria a la que podíamos añadir -en el mejor de los casos- quizás alguna pintura representativa.

Por el contrario, hoy en día, gracias a la capacidad humana para pensar la realidad (*cum putare*) desvelando lo que hay oculto tras la apariencia y mostrando por tanto facetas del *ser* (es decir, *lo que es siendo*; <http://filonet.es/realidad/tonteria.htm>) gracias a ello, repito, podemos acercarnos a otra realidad que siendo nuestra sin embargo no lo es en términos absolutos.

Pues, ¿puedo acaso decir que yo soy ahora el mismo que el niño de las fotografías?





Evidentemente no aunque sin la menor duda me reconozca en ellas, e incluso me aviven recuerdos del momento en que se hicieron.

Mi *persona* (¿máscara?) sería entonces el equivalente al río de Heráclito, en el que nadie puede bañarse dos veces pretendiendo que sea el mismo río.

Y lo mismo que he dicho respecto al niño lo puedo decir respecto al hombre que se muestra en la foto.



Nada que ver (del todo) con la persona mayor (tercera edad que dicen) que soy ahora, listo ya (aunque suene dramático, y me disculpo) para el *pass away*.

Pero, siendo honesto, de la misma forma que no puedo decir que realmente yo sea -en mi vejez y con mis enfermedades- el mismo que el niño o el hombre mostrados en las fotografías, tampoco puedo decir enteramente que no sea la misma persona. En tanto que ser con memoria no sólo me puedo reconocer como mí mismo, no sólo puedo reconocer mi mismidad, sino que como ente biológico sé que existe una continuidad entre los diferentes estados por los que he ido atravesando a

lo largo del tiempo. Lo que soy ahora lo soy en función de lo que he sido antes.

Así pues a la pregunta ¿soy yo acaso ahora el mismo que el niño y el hombre de las fotografías? debería responder de una manera ambigua, pues ciertamente soy y no soy al mismo tiempo el mismo, y sólo dependiendo del punto de vista que adopte seré una cosa u otra.

Esta doble cualidad probablemente recordará al lector a algunas de las propiedades de la física no clásica. Pero por mucha 'ingeniosidad', por mucho ingenio que le eche al asunto lo cierto es que, al margen de las múltiples posibilidades que tengo de ser una cosa u otra y su contraria, es incuestionable que en un momento dado aparecemos en esa realidad que llamamos universo, y en un momento dado desaparecemos de ello. Es decir, nacemos y morimos, al igual que el resto de los entes.

Sobre ese particular, siendo aún niño (mayor que el de las fotografías pero niño a fin de cuentas,

probablemente al límite de la adolescencia) me preguntaba de dónde venimos. O más exactamente "de dónde vengo yo".

Al caminar por el centro del boulevard me maravillaba lo que veía produciéndome una alegría incontenible (ahora sé que estaba liberando mucha dopamina). Y me sorprendía que todo aquello fuera nuevo para mí.

Me habían explicado en el Colegio que tenemos un alma inmortal lo que significaba que mi alma no moriría. Pero también, aplicando el sentido común, pensaba que en ese caso mi alma existía antes de ser Yo, es decir la persona que era en ese momento. No entendía entonces el porqué las cosas me parecían maravillosamente nuevas si se supone que yo existía anteriormente.

Así pues, la pregunta obligada era "¿de dónde vengo?", "¿por qué no recordaba nada?".

Y me esforzaba por intentar recordar, por intentar averiguar de dónde venía. Lo que llegaba a ser doloroso

puesto que por mucho que me esforzase no conseguía resultado alguno.

¿De dónde vengo? me preguntaba entonces. Y la respuesta ineludible acababa siendo "de mi padre y de mi madre". No había más. Y si pretendía seguir con el proceso lo despachaba rápidamente con un "y ellos de los suyos".

Todo esto que resulta hoy de perogrullo en un niño era todo un descubrimiento, y también (me doy cuenta ahora) toda una toma de posición. En ningún momento hacía intervenir la figura de un dios. Simplemente ni se me ocurrió.

Naturalmente tampoco pensé en el Big Bang que por supuesto desconocía por completo. A efectos prácticos me bastaba con la respuesta evidente acerca de mi origen, clara y distinta que diría ahora.

Mi conciencia -esa conciencia que muchos confunden con lo que se ha dado en llamar alma - surge entonces de un cuerpo concreto y de unos orígenes precisos.

O lo que es lo mismo, está ligada a una materia perfectamente delimitada, nuestro cuerpo, de tal manera que nace con él y, razonablemente, muere con él.

Sólo, quizás, realizando una profunda relajación e introspección para llegar a una suerte de no-pensamiento o conciencia sin adjetivos sería posible sentir esa conciencia como parte posible de otro espaciotiempo, de otras coordenadas espaciotemporales.

O dicho de otra manera, podríamos darnos cuenta que la conciencia bien podría haber surgido en otro país, en otra cultura, en otro ser humano.

Naturalmente esta afirmación (la de que a través de una profunda relajación e introspección pudiéramos alcanzar algún tipo de conocimiento) no tiene en sí misma valor científico alguno. Tómese si se quiere como una conjetura.

Además, aunque es cierto que disponemos de una cualidad que llamamos empatía gracias a la cual

tenemos la capacidad de ponernos en el lugar del Otro, y aunque sí seamos capaces de acceder a otros lugares mediante la inmersión en discursos diferentes producidos por humanos (un templo, un juguete del pasado, un relato, un libro físico, etc.), en todos los casos el punto de partida es un Yo circunstancial. Y es desde ese yo concreto desde donde podemos hacer una aproximación a otros mundos y a las conciencias que los configuraron (barroco, gótico, románico, por poner más ejemplos en este caso arquitectónicos).

Así pues, el punto de partida es nuestro cuerpo. El cual tiene un inicio -el nacimiento- y un final -nuestra muerte, lo mismo que cualquier otro ente de nuestro universo.

No hay más.

Pues por desgracia, desde un punto de vista estrictamente empírico, nos resulta completamente imposible afirmar una posible existencia de nuestra conciencia más allá de esos dos puntos, nacimiento y

muerte. Y cualquier intento de argumentación racional se topa con esos dos puntos mencionados.

Y así por ejemplo, el principio de conservación de la energía ("la energía ni se crea ni se destruye, sólo se transforma"), no nos proporciona certezas acerca de nuestra conciencia más allá de esos dos momentos. Imposible argumentar por ese camino.

Asimismo, podemos -como yo mismo he hecho unos párrafos más arriba- resaltar la cualidad de la empatía como una muestra de la capacidad de ubicuidad de la conciencia, pero entiendo que -aun siendo una muestra perfectamente racional- no es suficiente para llegar a ninguna certeza sobre este asunto. Lo impide precisamente el punto de partida, ese Yo circunstancial del que hablaba antes.

Todo lo cual nos lleva al espanto; es decir, resulta descorazonador y simplemente espantoso. Todas las injusticias, todos los horrores, todos los sufrimientos y/o alegrías quedarían limitadas a nuestra vida.

Por eso, ahora a veces, cuando veo a un crío o cría siento una cierta pena sabiendo de las incertidumbres, penalidades y desconsuelos que sufrirá por causa de la propia vida; la relacionada con él mismo pero también con sus seres queridos, padres, abuelos, etc.

Y también, ahora a veces, puedo sentir una enorme y maravillada satisfacción al constatar la emergencia de una personalidad propia y diferenciada de sus adultos en esos humanos diminutos.

Esos sentimientos contradictorios -pesadumbre y satisfacción- son como la misma vida que no se deja desentrañar, es decir la del Ser que se oculta (<http://filonet.es/realidad/medios.htm>). Un misterio, un sinsentido; como el Bien y el Mal en su inevitable bucle.

Así pues, invalidados los dos caminos argumentativos (Empatía y Conservación de la Energía) ligados con la actividad científica (células espejo y termodinámica respectivamente), no quedaría otra que recurrir a

'razonamientos' sobre la vida tras la muerte que habría que calificar como meramente subjetivos aunque en realidad tengan una dimensión intersubjetiva, semejantes al recurso al 'dolor de muelas' con el que Wittgenstein (Cuaderno Azul) se sirve para señalar la naturaleza mental e intercambiable de ese dolor.

El primero de ellos, es sin duda alguna el más subjetivo de todos aunque probablemente sea el más aceptado desde el punto de vista emocional.

Se trata de la respuesta que hay en nuestro cerebro ante la devastadora pérdida de un ser amado.

Al parecer no es infrecuente que tras la muerte de alguien muy querido tengamos experiencias personales en las que el sujeto objeto del dolor se haga presente de una manera u otra. Ya lo expresó Homero cuando en la *Iliada* un asombrado Aquiles percibe la sombra fantasmagórica de su amigo Patroclo.

Esta *presencia*, esta *aparición*, resulta a veces tan real que no podemos menos que pensar en su realidad

como algo objetivo, independientemente de nuestros deseos y afecciones.

Contribuye a ello el hecho de que son tipos de experiencias universales, prácticamente comunes a todos los humanos. Lo cual refuerza nuestra creencia en la existencia de la conciencia más allá de la muerte.

La segunda reflexión/argumentación no tiene, por supuesto al igual que la anterior, ningún valor científico.

Simplemente me llama la atención un hecho que casa mal con la percepción de una vida simple con una conciencia limitada.

En realidad, podríamos decir de una manera resumida que esa disonancia tiene que ver con la dimensión espaciotemporal de nuestro ser individual. O dicho de otra manera, ningún ser humano lo es en tanto que ente aislado. Todos y cada uno de nosotros somos (como ya se ha mencionado arriba al hablar del niño, el hombre y

el viejo), en función de los que han sido antes. Y a su vez, de los que vendrán después.

En ese sentido tiene mucha razón la historiadora británica Bethany Hughes cuando dice: "Preservar el pasado no es solo un ejercicio académico, sino que nos recuerda que estamos conectados con los hombres y mujeres que también caminaron por este lugar, y demuestra que, como especie, deseamos estar conectados entre nosotros".

Esa necesidad de conexión también es importante (radical diría) en el ámbito de la acumulación y conservación de conocimientos ya que por suerte cuando nacemos no partimos de cero sino que incorporamos el bagaje de siglos de actividad humana, lo cual nos diferencia sustancialmente del resto de los entes.

Pues en efecto, la afirmación de que 'ningún ser humano lo es en tanto que ente aislado' puede hacerse extensiva al resto de los entes sean de la naturaleza que fueren.

Una piedra, un colibrí, el cauce de un río, etc., lo son en función de lo que ha habido antes y de lo que habrá después.

Sin embargo, más allá de esa semejanza, hay una diferencia fundamental. Y es la adquisición de más y más conocimiento de suerte que -en tanto que especie- somos más libres que hace 100, 200, mil, cien mil años.

Desde la producción de alimentos a la superación de enfermedades pasando por nuestra capacidad para la movilidad (comunicación) y el aumento imparable de nuestra computación (cogitación), todo parece indicar una conducta teleológica cuyo propósito no es otro que la obtención del máximo conocimiento o lo que es lo mismo la obtención de la máxima libertad.

Podría decirse que ese aumento de conocimiento ha sido -en el tiempo que me ha tocado vivir- vertiginoso. Aplicaciones prácticas que eran absolutamente impensables en mi niñez (c. 1950-60) son hoy una realidad.

Sin embargo no creo que me equivoque mucho si pienso que esa percepción de 'avance' ha podido también ser vivida en tiempos pasados. La Revolución Industrial (1ª y 2ª), el Siglo de las Luces, las grandes Guerras Mundiales y sus innovaciones tecnológicas, el tiempo de los Descubrimientos en lo que llamamos Renacimiento, así como otros periodos que podíamos señalar, son muestras de ese vértigo que es el conocer.

Todo indica que esa progresión en el conocimiento continuará. Y que dentro de 50, 100, 1000 años, la capacidad de ensanchamiento de nuestra posibilidad de actuar fruto de esa pulsión por conocer que tiene la especie humana, será asombrosa.

Ignoro hasta donde nos llevará aunque una tentación es pensar que nos conducirá hasta la superación misma de la muerte.

Por supuesto, no lo creo.

Y no lo creo porque, si bien es cierto y muy evidente que hay una conducta teleológica en el sentido descrito más

arriba, también es cierto que no somos una especie aislada y no es posible descartar algún acontecimiento/catástrofe que nos destruya antes de alcanzar ese máximo conocimiento al que parece que tendemos.

Pero es que además me resulta imposible concluir que ese máximo conocimiento dé como resultado la superación de la muerte en este lado de la realidad de nuestro universo antropocéntrico ya que la muerte es parte de la vida, es decir que son las dos caras de una misma moneda. Sin ella, sin la muerte, la vida no tendría sentido. O para ser más exacto, no tendría el sentido que para nosotros tiene ahora. Que no es otro que el de la superación de nuestras limitaciones, la superación de nuestros límites.

Ese ensanchamiento de nuestra capacidad de actuar - del que ya hemos hablado anteriormente- es lo que habitualmente entendemos como 'libertad'. Pero ya hemos visto que - a tenor de los últimos descubrimientos neurológicos- no disponemos de libre albedrío (*free will*),

con lo cual nos encontramos en una interesante paradoja. La de la libertad en el interior de la No-libertad.

En realidad, más que interesante, es una fenomenal paradoja. Pues la naturaleza, es decir la No-Libertad (pulsión cognitiva), nos obliga a ensanchar nuestro ámbito de actuación adquiriendo más y más Libertad en el seno de la misma.

¿Hasta dónde llegará esa Libertad?

¿Cuál es su límite?

¿Es un círculo virtuoso o un círculo vicioso?

En cualquiera de los dos casos, una manera de salir de ese círculo sería admitiendo la posibilidad de que más allá de la vida conocida hay otra que sobrevuela a la anterior, una suerte de metacírculo.

Lo cual no es óbice para pensar que, como ya se ha dicho, pueda sobrevenir un gran cataclismo que haga

desaparecer a la especie humana. De la Naturaleza a la Naturaleza.

.- Digresión muy pertinente sobre Teleología.

Uno de los problemas del concepto de teleología es que se la ha asociado a la argumentación aristotélico-tomista de las causas, básicamente, a la inicial y a la final. Es decir, se la ha vinculado a un ente imaginario, llámese Dios, Primer Motor o cualquier otra manera de expresarlo.

Ni que decir tiene que rechazo esa vinculación. Y en cualquier caso, si tuviera que expresar alguna diría -bajo tortura- que de la Naturaleza a la Naturaleza. Es decir, la causa inicial de nuestra existencia es la naturaleza; la causa final es asimismo la naturaleza.

Un círculo virtuoso.

Esa vinculación con un ente imaginario supuso el destierro de la teleología del pensamiento científico durante siglos.

Sin embargo, con la Segunda Guerra Mundial (ya se sabe que la guerra es padre y rey de todas las cosas) el concepto tuvo una inesperada revalorización.

En 1942, el gobierno de los Estados Unidos, a raíz de la reciente y obligada incorporación al conflicto, comisionó al MIT para investigar la forma de perfeccionar el tiro antiaéreo.

Una primera consecuencia fue que en Enero de 1943 se publicó un artículo titulado *Behavior, Purpose and Teleology* firmado (en este orden) por Arturo Roseblueth, Norbert Wiener y Julian Bigelow, en el cual no sólo se establecen las bases teóricas para el perfeccionamiento del tiro antiaéreo y en general para la creación de máquinas con un objetivo a cumplir, sino también lo que pocos años más tarde sería conocido como Cibernética.

Partiendo del behaviorismo, en el artículo se pone de manifiesto la existencia de una "conducta teleológica" que no es otra que aquella que está orientada a un fin, controlada por mecanismos de *feed-back*.

(El documento puede leerse aquí:

https://courses.media.mit.edu/2004spring/mas966/rosenblueth_1943.pdf).

En el caso humano, toda nuestra historia como especie parece orientada a una finalidad, con luces y sombras, con *feedbacks* negativos y positivos.

Esta finalidad simplemente es la obtención de conocimiento, el máximo conocimiento posible.

Y en ello estamos.

Por último la tercera reflexión/argumentación no tiene, por supuesto al igual que las anteriores, ningún valor científico.

De nuevo, me llama la atención esa capacidad que tenemos de conexión con lo 'otro' tanto en el tiempo como en el espacio, pudiendo ser lo 'otro' bien una persona, un pensamiento, una situación ... etc.

En su versión más sencilla, o si se prefiere más simple, esta capacidad de conexión quedaría ejemplificada por ese tipo de coincidencias, que prácticamente todo el mundo ha vivido alguna vez, por la que -por ejemplo- estás pensando en una persona y te la encuentras al doblar la esquina, o justo en ese momento te llama por teléfono. O estás pensando en algo muy concreto y justo en ese momento otra persona repite ese pensamiento exactamente en los mismos términos.

Sería lo que se ha dado en llamar "casualidades significativas".

Sin embargo, entiendo que esa capacidad de vínculo con lo 'otro' va bastante más allá de ese tipo de casualidades, pudiendo abarcar insólitas conexiones,

semejantes -no iguales- a las que hice referencia en la primera reflexión.

O experiencias como la de aquel médico (lo siento, no puedo recordar su nombre ni el título del texto que el propio médico escribió) por la que dos pacientes desconocidos entre sí y sin haber mediado ninguna relación entre ellos, le cuentan exactamente el mismo sueño. Lo que naturalmente descolocó totalmente al médico hasta el punto de decidir ponerlo por escrito.

A lo largo de mi vida he vivido (valga la redundancia) muchas “casualidades significativas”. Quizás demasiadas.

Normalmente se tiende a olvidarlas o a no darlas importancia salvo que por alguna razón u otra éstas te impacten en exceso.

De todas escojo relatar dos de ellas esperando que ayuden al lector a dimensionar esa capacidad de conexión con lo 'Otro' que mencionaba arriba.

Con la primera simplemente relato la primera vez que experimenté esa sensación.

Sucedió en Pau, en la ciudad de Pau, y yo tenía 12 años.

Mi padre, que era un gran viajero, me regaló un viaje con él cuando terminó el curso. Yo había sufrido una tremenda enfermedad, una infección bacteriana que casi me lleva a la tumba de la que salí gracias a los antibióticos (tres inyecciones al día durante un mes) y supongo que algo tuvo que ver con aquel maravilloso viaje.

En realidad fue la primera vez de muchas cosas. Fue la primera vez que viajaba a Francia; la primera vez que salía al extranjero sin el resto de la familia, sólo con mi padre; la primera vez que probé el vino de Burdeos en Burdeos (y aprendí que la competencia estaba en Borgoña); la vez que probé el chacolí en San Sebastián

en un barucho (con perdón) en el minipuerto (y me pareció aguachirri); la vez que en la Plaza del Castillo corrí en torno a un toro de fuego nocturno; la vez que vi un encierro en la calle Estafeta desde la ventana del hotel y además vi a un cantante y compositor pop al que admiraba en un balcón cercano; la vez que le pedí un autógrafo a Orson Welles (mi padre, “mira, mira, es Orson Welles” y yo “¿quién”. Sacó un libreta pequeña y me dijo “ves aquel señor gordo que está sentado en ese bar pues ve y le pides un autógrafo”); la primera (y única) vez que vi una corrida de toros en Pamplona desde una entrada de barrera sin pagar por ello –nos colamos. En fin, un viaje para no olvidar.

Lo de Pau fue porque mi padre quería conocer la estación de Canfranc que entonces sí estaba operativa. Así que llegamos desde Zaragoza, y desde Canfranc otro tren hasta Pau.

En Pau poco había que hacer. Hacer noche y al día siguiente marchar hacia Burdeos.

No recuerdo si ya habíamos cenado pero estoy seguro por lo que se verá a continuación que había una buena luna, cercana a llena (comprobado tras consulta al calendario lunar).

Paseábamos tranquilamente por el llamado *Boulevard des Pyrénées*. Este bulevar no es otra cosa que un gran paseo a modo de cornisa desde donde se puede divisar la impresionante cordillera pirenaica. Ya era de noche y apoyados en la barandilla del paseo contemplábamos en silencio la majestuosidad de los Pirineos en toda su extensión.

A nuestra izquierda había un kiosko de música que no veíamos. Tocaban algo que me parecía conocido. Súbitamente reconocí la famosa melodía de *Rigoletto* (*questa o quella per me...*) en el solo de trompeta que estaba oyendo. Me sorprendió que algo así pudiera tocarse con una trompeta, y que quedara bien.

Y allá a lo lejos, pero muy cerca, los Pirineos.

De pronto, en mi cerebro surgió la frase, el pensamiento, “parece Suiza”. Así, sin más.

Y lo dije en voz alta.

Mi padre me miró de arriba a abajo (todavía era más alto que yo) y con un tono que a mí me pareció de reproche me dijo: “Cómo puedes decir eso si tú nunca has estado en Suiza”.

Intentando defenderme busqué una explicación lógica, razonable, y dije “no sé, será por las postales”.

Mentira, yo no recordaba ninguna postal o fotografía hecha por él.

Y entonces, tras un instante de silencio mi padre dijo “Yo estaba justamente pensando eso”.

Y así supe que ese tipo de cosas podía ocurrir.

El segundo relato es un poco más complejo, aunque adelanto que bien podría ser una alucinación, compleja pero alucinación a fin de cuentas. No obstante, en virtud de una experiencia similar anterior mucho me temo que podría no serlo.

Ocurrió en las proximidades del centro educativo donde trabajaba.

Resulta que el Ayuntamiento de la localidad (un pueblo de costa) decidió ampliar la zona azul de aparcamiento para recaudar más dinero de cara al verano.

El resultado fue que tanto la calle que daba a la puerta principal del Instituto como la mitad de una gran plaza cercana se vaciaron de coches. Al haberse convertido en zona azul resultaba imposible mantener aparcado el vehículo durante las siete horas de una jornada escolar completa (de 8:00 a 15:00 horas), no sólo por el coste (y el coñazo de las moneditas) sino sobre todo por la limitación de tiempo que imponía.

La consecuencia fue una acumulación de coches en zonas libres de pago y donde antes era relativamente fácil aparcar ahora resultaba imposible, teniendo que llevar el vehículo más y más lejos.

Yo, cuando llegaba sobre las 8 de la mañana, solía hacer un recorrido de más cerca a más lejos del Centro buscando encontrar plaza para poder aparcar.

Una mañana, un lunes, al girar en una pequeña calle que solía estar ya petada me encuentro para mi gran sorpresa que hay una enorme cantidad de huecos para aparcar. Al entrar descubro que la causa es que la habían convertido en zona azul.

Hasta ahí, normal.

Sin embargo, ese mismo día, lunes, que era día de Claustro al ir andando con unos cuantos compañeros para coger los coches y volver a casa pasamos por la calle en cuestión.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando al entrar en la calle veo que está a rebosar de coches. Ni un solo hueco.

Al avanzar un poco descubro que ya no es zona azul, que no hay ninguna indicación, ninguna raya, nada.

Naturalmente, lo digo en voz alta. “¿Pero esto esta mañana no era zona azul?”

Uno de los compañeros, un profesor de historia, me dice que no, claro que no.

Me callé.

Yo alucinaba en colores (simbólicamente según la expresión popular) y más tarde, y al día siguiente y al otro y al otro, inspeccioné la calzada a fin de descubrir un pintado y repintado de las líneas de aparcamiento. Era la única explicación lógica. Nada, allí no había la menor traza de cambio alguno.

Acabé dejándolo.

Dos semanas más tarde, otro lunes, al llegar y entrar en la calle en cuestión veo que de nuevo es zona azul. Muchos huecos. Y un poco más allá descubro que la otra mitad de la plaza que mencionaba más arriba también la habían convertido en zona azul, así como varias calles adyacentes.

Ya era la definitiva.

¿Qué había ocurrido?

¿Había vivido un salto en el tiempo o simplemente había sufrido una alucinación?

Naturalmente, para mi propia tranquilidad y salud, decidí que todo había sido una alucinación y procuré olvidarlo, no darle más vueltas al asunto.

El problema es que un par de años antes sí tuve una experiencia plenamente anticipatoria de algo que ocurrió un día después. Se trató de un robo de llaves cometido por unas alumnas. Y me afectó mucho.

Esa anticipación yo no tuve más remedio que considerarla como un salto en el tiempo, similar a la sufrida por Da Ponte solo que en mi caso con el agravante de haber ocurrido estando plenamente despierto y no a través de un sueño.

Todo lo cual enlaza con el asunto tratado en este libro, que no es otro que el de la no-libertad en un mundo (*Natura*) determinado para ser libre.

Referencias

Este artículo no es un texto escrito para la universidad, es decir no es un texto académico en el peor sentido de la palabra. Con él no se pretende conseguir puntos ni méritos ni nada por el estilo. Tan sólo reflexionar sobre problemas esenciales (ética, libertad, conocimiento, ontología) al inicio del siglo XXI.

Probablemente la actividad más tediosa, aburrida y, en definitiva, irritante de un trabajo de ensayo es tener que escribir la relación de autores y textos que has citado.

Primero, porque piensas que has citado n veces y resulta que no, que al revisar te das cuenta que has citado un número n de veces multiplicado por x .

Luego, por que te das cuenta que una buena parte de esas citas se corresponden con textos bien célebres y accesibles por todos.

Por ejemplo, yo en un momento dado menciono a la *Iliada*. ¿Debo acaso pormenorizar Autor, Título, Edición de algo sobradamente conocido?

Resulta absurdo pero esa sería la regla académica a seguir.

Naturalmente no lo voy a hacer.

Lo mismo ocurre con citas literales, las cuales siempre van entrecomilladas. Por ejemplo, la referencia a Hume de su *Historia natural de la religión* la he tomado de un libro impreso perteneciente a la biblioteca de mi padre, el cual hoy en día es ciertamente difícil de encontrar. Sin embargo, estoy seguro (no lo he comprobado pero aun así estoy seguro) que estará publicado en Internet. Así pues, el investigador que esté muy interesado en utilizar mis citas a su conveniencia lo único que tiene que hacer es ir a Google y colocar parte del entrecomillado (cualquier otra traducción no diferirá mucho) y *voilà* obtendrá la respuesta.

Lo mismo ocurrirá con cualquier otra referencia. Tal es el caso de las palabras del neurobiólogo Rafael Yuste en una entrevista para un periódico. Coloque en el buscador la frase: "tras el disparo de una neurona, la sinapsis no siempre se activa". Y obtendrá una respuesta.

En fin, ¡qué voy yo a explicar cómo se utiliza un buscador a un investigador avezado!

En algunos casos, y comprendiendo que sería difícil encontrar el origen de tal o cual cita, coloco entre paréntesis el origen de la misma. Normalmente videos.

Y nada más.

Disfrute la investigación.